

Mar del Sur

Entre el mito y la realidad

siglos XVI-XIX

Franciso Altable
Guadalupe Pinzón Ríos
José Enrique Covarrubias
Dení Trejo Barajas
Edith González Cruz
Ignacio Rivas Hernández



Universidad Autónoma de Baja California Sur

Mar del Sur entre el mito y la realidad siglos XVI-XIX

Francisco Altable
(Coordinador)

Guadalupe Pinzón Ríos
José Enrique Covarrubias
Dení Trejo Barajas
Edith González Cruz
Ignacio Rivas Hernández



Universidad Autónoma de Baja California Sur

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE BAJA CALIFORNIA SUR**

DR. DANTE ARTURO SALGADO GONZÁLEZ
Rector

DRA. ALBA ERITREA GÁMEZ VÁZQUEZ
Secretaria General

DR. ALBERTO FRANCISCO TORRES GARCÍA
Secretario de Administración y Finanzas

LIC. JORGE RICARDO FUENTES MALDONADO
Director de Difusión Cultural y Extensión Universitaria

LIC. LUIS CHIHUAHUA LUJÁN
Jefe del Departamento Editorial

D. R. © FRANCISCO ALTABLE, GUADALUPE PINZÓN RÍOS, JOSÉ ENRIQUE COVARRUBIAS,
DENÍ TREJO BARAJAS, EDITH GONZÁLEZ CRUZ E IGNACIO RIVAS HERNÁNDEZ

D. R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA SUR,
CARRETERA AL SUR KM 5.5, LA PAZ, BCS

Primera edición, 2022

ISBN: 978-607-8654-60-4

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida, en cualquier sistema –electrónico, mecánico, de fotorreproducción, de almacenamiento en memoria o cualquier otro–, sin hacerse acreedor a las sanciones establecidas en las leyes, salvo con el permiso escrito del titular del copyright. Las características tipográficas, de composición, diseño, formato y corrección son propiedad de los editores.

Cuidado de la edición: Génesis Vázquez Arteaga

Diseño de cubierta: María del Carmen Camacho Rodríguez

Portada: Gustave Doré, *The Death Ship Nears* (el barco de la muerte se acerca)

Formación electrónica: Tania Jacqueline Espinoza Romero

Impreso y hecho en México

Contenido

Introducción	6
FRANCISCO ALTABLE	
I. Las travesías ninfas del dios Oceanus. Mito, fascinación e interés durante la exploración del Pacífico californiano.....	17
GUADALUPE PINZÓN RÍOS	
II. El Pacífico novohispano a partir de algunos proyectos marítimos y defensivos (siglo XVIII).....	89
JOSÉ ENRIQUE COVARRUBIAS	
III. Estudios y relatos de viajeros extranjeros sobre la costa del Pacífico norte en América. Geografía, economía y observación social entre 1791 y 1857	123
DENÍ TREJO BARAJAS	
IV. Comercio marítimo e interacción portuaria en el golfo de California en los años treinta del siglo XIX.....	155

EDITH GONZÁLEZ CRUZ

V. La Paz: una ciudad portuaria de fines del siglo XIX
y principios del XX..... 198

IGNACIO RIVAS HERNÁNDEZ

VI. Comercio y epidemias en el puerto de La Paz,
Baja California (1876-1903)..... 237

Introducción

En la imaginería europea de la Edad Media el océano Pacífico fue por mucho tiempo una vaga representación cosmográfica, la distante masa de agua salada que se extendía desde la otra orilla del *orbis terrarum*, una misteriosa vastedad en las antípodas de la grandiosa isla afroeuroasiática, un enigma aún más misterioso que el Atlántico, cuya existencia, por simple cercanía, resultaba relativamente familiar, aunque de todos modos, como aquel otro, estaba plagado de monstruos y tierras prodigiosas, según las crónicas y los relatos fantásticos de larga memoria. Después vino el encuentro con los nuevos mundos de América y el antiguo *Oceanus* de la cosmografía clásica se partió en dos. La concepción de un mar indiviso se encaminó paulatinamente hacia una representación discontinua de la masa oceánica y, por consecuencia, nacieron las ansias de encontrar un paso interoceánico que permitiera alcanzar por occidente los ricos reinos orientales.

Los desconcertantes descubrimientos colombinos muy pronto dieron paso a las empresas encabezadas por hombres que, a cambio de privilegios políticos, económicos y militares, prometieron a la corona castellana nuevos territorios en Ultramar e inconcebibles riquezas para el real erario. Rodrigo de Bastidas fue uno de ellos. En 1501, autorizado por el rey de Castilla y Aragón, partió hacia las nuevas tierras del poniente y recorrió las costas de Venezuela y Colombia, región que por entonces fue bautizada con el nombre de Tierra Firme. Entre los tripulantes iba el futuro primer

explorador del océano Pacífico, Vasco Núñez de Balboa.¹ Su figura se vuelve históricamente relevante a partir de 1509, cuando, después de permanecer algunos años en La Española, se reembarcó en la expedición capitaneada por Martín Fernández de Enciso. Fue por efecto de este segundo viaje que su nombre quedó inscrito en la épica que lo condujo a la fundación de Santa María la Antigua del Darién² y finalmente a su encuentro con las aguas oceánicas de la contracosta americana.³

En medio de intrigas políticas, el jerezano logró hacerse del poder y convertirse en gobernador del Darién, desde cuya región emprendió la exploración del istmo panameño. Durante uno de sus avances militares recibió la noticia de que «hacia el sur» la tierra se hundía bajo las aguas de un desconocido mar cuyas orillas habitaban pueblos ricos en perlas y metales preciosos. La novedad no parecía cosa menor; además de la opulencia y la gloria anejas a la conquista, el adelantado acarició el sueño de convertirse en el héroe que abriese la anhelada puerta marítima hacia las Indias orientales, que, según se creía, estaban a corta distancia de su gobernación.

Volvió entonces a Santa María la Antigua para hacer los preparativos de la expedición descubridora. Por fin, al mando de casi doscientos españoles, algunos guías nativos y una jauría de perros —entre los que estaba su querido «Leoncico»—, el conquistador acometió la hazaña de atravesar el istmo panameño de parte a parte hasta contemplar el “otro mar”; era la mañana del 25 de septiembre de 1513. El escribano Andrés de Valdeerrábanos levantó el acta de rigor y cuatro días más tarde comenzaron los bautizos oficiales: al golfo que llegaron le puso el nombre de San Miguel y al nuevo océano que se extendía por todas partes lo llamó Mar del Sur.⁴

1 Se conviene en que fue de cuna extremeña y que vio la luz en Jerez de los Caballeros hacia 1475.

2 Santa María la Antigua fue establecida en 1510 y abandonada en 1524. Se hallaba en la región del Darién (istmo de Panamá), no muy lejos del golfo de Urabá (mar Caribe meridional). El sitio de la fundación se encuentra actualmente en territorio colombiano.

3 Véase José María Madueño Galán, “Darién, Vasco Núñez de Balboa y el descubrimiento del Mar del Sur”, en *V Centenario del Descubrimiento del Mar del Sur por Núñez de Balboa*, cuaderno monográfico núm. 67, Madrid, España, Ministerio de Defensa, 2013, pp. 51-85.

4 Se cree que fue el cacique Comagre quien informó a Núñez de Balboa sobre la existencia de dicho mar, y que, dado que éste se encontraba al sur de la comarca caciquil, surgió la idea de llamarlo Mar del Sur. Véase Gonzalo Hernández Muro, “Vasco Núñez de Balboa”, *Alcántara. Revista del Seminario de Estudios Cacereños*, núm. 77, 2013, pp. 63-70. Sin afán de contradicción, cabe recordar que el sentido general de las navegaciones españolas durante estos años fue de norte a sur, es decir, desde la península ibérica hacia las Antillas y de las Antillas hacia Tierra Firme. Los sucesivos viajes entre Europa y la primigenia área de colonización americana pudo crear la falsa percepción de que

Mientras Núñez de Balboa exploraba las nuevas tierras e islas de su jurisdicción, otros españoles hacían reconocimientos a lo largo del litoral atlántico de Sudamérica. Hacia fines de 1514 Juan Pedro Díaz de Solís tomó posesión del Río de la Plata en nombre del monarca español. Hubo quienes creyeron que aquel anchuroso estuario comunicaba con el otro océano, pero no le correspondió a Díaz de Solís, sino a Fernando de Magallanes, la aureola por encontrar en la punta del continente el turbulento pasaje interoceánico que hoy lleva su nombre. El descubrimiento tuvo lugar en noviembre de 1520 y merece la pena recordar aquí esa fecha porque fue por entonces que el célebre explorador portugués, al constatar la “serenidad” del océano occidental, decidió llamarlo Pacífico, tal vez porque ignoraba que alguien más lo había bautizado con otro nombre y, desde luego, porque la plácida apariencia de aquellas aguas fue justamente eso, una apariencia circunstancial. Todo indica que en el mundo hispánico la denominación «Mar del Sur» fue la dominante por largo tiempo, aunque, como es obvio en nuestros días, terminó por imponerse el segundo topónimo.⁵

Detrás de las expediciones pioneras de Núñez y Magallanes vinieron muchas otras, tantas, que el Pacífico fue llamado, a menudo con cierta mordacidad, «el lago español», es decir, una suerte de gigantesco coto o reserva territorial de España. Desde luego esto constituye una flagrante exageración, pero la metáfora no deja de ser elocuente respecto de los logros geopolíticos de la monarquía hispánica y de la influencia que llegó a tener en esa región del planeta durante los años dorados de su colonialismo.⁶

Ahora bien, la transformación de océano mítico en océano histórico no fue en absoluto instantánea. Por muchas décadas perduraron literaturas fabulosas de corte caballeresco y antiquísimas creencias que, en ciertos casos, se superpusieron o se entremezclaron con la realidad sensible. De hecho, estas permanencias hacen de la representación mitológica un elemento que enriquece la explicación histórica, como se pone de manifiesto en el primero de los trabajos que componen este libro, donde Francisco

el Atlántico estaba en el norte y el Pacífico en el sur, detrás de las montañas centroamericanas. De hecho, como bien se sabe, al primero de estos océanos se le conocía con el nombre de Mar del Norte.

5 Véase Salvador Bernabéu Albert, “Tras la estela de Magallanes: tres siglos de expansión hispana en el Pacífico”, en Francisco J. Montero Llácer (coordinador), *El océano Pacífico. Conmemorando 500 años de su descubrimiento*, Madrid, España, Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, Fundación Ramón Areces, 2014, pp. 61-71.

6 Véase Amancio Landín Carrasco *et al.*, *Descubrimientos españoles en el Mar del Sur*, 3 volúmenes, Madrid, España, Editorial Naval, 1992.

Altable presenta dos relatos ciertamente emblemáticos de la tradición fantástica, dos mentalizaciones que mucho tuvieron que ver con la expansión española por aguas y tierras del noroeste americano: el fascinante señuelo de un reino amazónico en la península de California y la no menos soñadora empresa de conquistar las legendarias islas Rica de Oro y Rica de Plata con el propósito de preservar la ruta transoceánica de Manila a Acapulco.

Junto con las alucinaciones geográficas y mitológicas vinieron los emprendimientos coloniales. La monarquía española se empeñó en construir entre Asia y América un espacio transoceánico para la conquista territorial y el aprovechamiento económico. Sin duda, las exploraciones cortesianas en el Pacífico californiano compartieron esa doble aspiración, pues Cortés le había prometido a Carlos I un imperio casi ecuménico y riquezas sin igual mediante el sometimiento de magníficos reinos en el Mar del Sur. Más tarde, otros intentaron despertar ese mismo sueño, o simplemente buscaron enriquecerse con los frutos de sus descubrimientos. Lo cierto es que el imperio universal solo en la fantasía llegó a ser una realidad, aunque no por ello dejaron los españoles de extender su influencia y sus conquistas transpacíficas.

Los siglos XVI y XVII atestiguaron la paulatina colonización, bien que con grandes discontinuidades, a lo largo de la línea costera del occidente novohispano. Los primeros asentamientos se dieron en Zacatula, muy cerca de la desembocadura del río Balsas (1522), y en el área ístmica de Tehuantepec (1526). Luego, a partir de los cuarenta, cobró cierta importancia el puerto novogallego de La Navidad, precisamente porque fue punto de partida para algunas expediciones hacia el Pacífico. Una de éstas, bajo las órdenes del navegante Miguel López de Legazpi, condujo a la conquista de las islas Filipinas (1564) y, por consecuencia directa, al establecimiento del comercio entre Oriente y Occidente mediante las navegaciones de los llamados galeones de Manila. Esto causó el abandono de los viejos establecimientos costeros y el ascenso de Acapulco —fundado en 1550— a puerto con privilegio de exclusividad para el comercio intercontinental del Pacífico.⁷

7 Véase Guadalupe Pinzón Ríos, *Acciones y reacciones en los puertos del Mar del Sur. Desarrollo portuario del Pacífico novohispano a partir de sus políticas defensivas, 1713-1789*, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 2011, pp. 23-35.

Entretanto, la expansión española avanzó hacia el norte con la ocupación colonial de los territorios costeros que hoy forman parte de Jalisco, Nayarit, Sinaloa y Sonora (1529-1700), y se realizaron los primeros dibujos cartográficos de los litorales californianos (1542-1685). En la banda oriental del golfo se fundaron pueblos, misiones, fortalezas y reales mineros en las antiguas alcaldías de Maloya, El Rosario, Copala, Culiacán, Sinaloa, Ostimuri y Sonora. Esto estimuló, si no el poblamiento español de parajes costeros, sí el uso de los puertos naturales como lugares de embarco y desembarco de bastimentos, animales y personas. En esta categoría caben los fondeaderos de Chacala, bahía de Matanchel, Mazatlán, Ahome (actual Topolobampo) y Guaymas.⁸ Por el lado californiano los logros españoles fueron más de carácter económico y científico, principalmente circunscritos a la pesca de perlas y a la traza de cartas geográficas, sin que ninguna de tales actividades se convirtiera, ni siquiera a largo plazo, en factor de poblamiento, no tanto por la falta de voluntad política y de recursos financieros como por las inconveniencias físicas del terreno y la inexistencia de pueblos agrícolas capaces de proveer alimento para las colonias pioneras. Respecto de esto último son especialmente memorables los costosos y funestos proyectos colonizadores de Hernán Cortés (1532-1539), Sebastián Vizcaíno (1596) e Isidro de Atondo y Antillón (1683-1685).⁹

Así y todo, los intereses geopolíticos, eclesiásticos y privados se impusieron. El gobierno y el clero regular hicieron grandes adelantos por medio del sistema de misiones y presidios. Los indios de Sinaloa, Ostimuri y Sonora fueron reducidos a la vida sedentaria y al catolicismo entre fines del siglo XVI y principios del XVIII, en tanto que las dos terceras partes de la península californiana quedaron bajo el control de los jesuitas a partir de 1697 y hasta 1768, en que fueron expulsados de todos los dominios

8 Francisco Altable, *Las alcaldías sureñas de Sinaloa en la segunda mitad del siglo XVIII. Población e integración social*, México, Universidad Autónoma de Baja California Sur, Universidad Autónoma de Sinaloa, Secretaría de Educación Pública, 2000, pp. 17-54. También Sergio Ortega Noriega (coordinador), *Historia general de Sonora. De la conquista al estado libre y soberano de Sonora*, tomo II, Hermosillo, México, 1996, pp. 15-165.

9 Véase Ignacio del Río, *A la diestra mano de las Indias. Descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California*, La Paz, México, Gobierno del Estado de Baja California Sur, Dirección de Cultura, 1985, pp. 28-65.

españoles.¹⁰ Para entonces, los padrones relativos al noroeste continental contaban por decenas a sus pueblos, villas, ranchos y minerales, y por miles a sus colonos blancos y mestizos. La Antigua California, en cambio, seguía siendo primordialmente misional, aunque ya había surgido un núcleo de población civil en el sur de la península al amparo de la producción minera.¹¹

La tendencia hacia el crecimiento demográfico y económico se mantuvo en los siguientes decenios, lo que tuvo consecuencias positivas en los índices del comercio marítimo. Los resultados tal vez no fueron espectaculares, pero las circunstancias habían evolucionado favorablemente desde los lejanos días en que Cortés mandara construir sus astilleros en Tehuantepec y Tamazula. Las naos de China continuaban con sus históricas singladuras y Acapulco, al menos durante algunas semanas del año, se transformaba en un tremendo hormiguero de vendedores y compradores. De forma paralela, a ambos lados del seno californiano se daban las condiciones que más tarde harían factible el comercio marítimo y la vida porteña. Entre los diversos factores que incidieron debe considerarse el interés oficial para poner en marcha ciertos proyectos de defensa militar que favorecieran la colonización del flanco occidental del virreinato. Guadalupe Pinzón Ríos aborda tres de esos interesantes planteamientos, formulados, dice la autora, con el fin de aumentar las navegaciones por el Pacífico y activar el poblamiento, las comunicaciones, las economías regionales y, desde luego, la fortificación armada de las costas novohispanas. Siempre es discutible el grado de éxito que tuvieron, pero, más allá de dicha discusión, lo que parece indubitable es que su puesta en práctica obedeció no solo a las pretensiones expansivas de la corona española, sino, precisamente, a las de conservar el terreno ganado durante las dos centurias anteriores.

Los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX correspondieron a la habilitación de los puertos noroccidentales del virreinato, lo que nos remite al grado de desarrollo social y económico que había alcanzado la región del alto Pacífico novohispano. A San Blas se le dio el reconocimiento de puerto mayor en la última década del siglo ilustrado; la categorización de algunos puertos californianos en clase de menores se dio en 1803; Guaymas

10 Ignacio del Río, *El régimen jesuítico de la Antigua California*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2003. También Sergio Ortega Noriega (coordinador), *Historia general de Sonora. De la conquista al estado libre y soberano de Sonora*, tomo II, Hermosillo, México, 1996, pp. 35-52.

11 Jorge Luis Amao Manríquez, *Mineros, misioneros y rancheros de la Antigua California*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Plaza y Valdés Editores, 1997, pp. 19-41.

fue elevado a la categoría de puerto de altura en 1814, y lo mismo se concedió seis años más tarde a Mazatlán, San Diego y Monterrey. La política de subsidios fiscales y la posterior habilitación de puertos mayores y menores auspiciaron la intensificación de los flujos de comercio creándose un espacio de relaciones marítimo-mercantiles, cuya expresión concreta fue la conversión de San Blas en centro regional de distribución de mercancías provenientes de otras provincias de Nueva España, de Centro y Sudamérica, de Europa y de Asia oriental, a la vez que receptor de un número creciente de productos californianos, sonorenses y sinaloenses, que llegaban por las rutas que interconectaban a los embarcaderos de San Francisco, Monterrey, San Diego, San José del Cabo, Ensenada de Muertos, La Paz, Loreto, Guaymas, El Yaqui, Ahome y Mazatlán.¹²

Pero también en otros sentidos el Pacífico norteamericano generó grandes expectativas. Por muchísimo tiempo se creyó que en su extremo noroccidental existía un pasaje interoceánico —el llamado Estrecho de Anián— que facilitaría el comercio entre Europa, América y Asia. Increíblemente, el mito seguía vivo en la segunda mitad del siglo xviii y los españoles dedicaron tiempo y recursos para dar con ese escurridizo paso norteño. Alejandro Malaspina, brigadier de la Real Armada Española, zarpó en 1789, entró al océano Pacífico por el estrecho de Magallanes y, tras una serie de escalas, llegó hasta la América boreal y buscó vanamente el misterioso accidente geográfico en un paraje que los expedicionarios llamaron, por obvias razones, Bahía del Desengaño, al sureste de Alaska.¹³ Hay que decir, no obstante, que éste no fue el principal cometido de la famosa expedición, ni de otras que se llevaron a cabo durante la primera cincuentena del xix. El desconocimiento general que se tenía de una gran parte del septentrión americano también despertó la curiosidad científica, las ambiciones políticas y los deseos de lucro. Precisamente de esto nos habla José Enrique Covarrubias: de las impresiones que recibieron los extranjeros visionarios, los

12 Véase Dení Trejo Barajas, *Espacio y economía en la península de California, 1785-1860*, México, Universidad Autónoma de Baja California Sur, 1999, pp. 54-68; y “El puerto de San Blas y el inicio de la internacionalización del comercio en el Pacífico noroeste”, Morelia, Michoacán, ponencia presentada en el XI Congreso Internacional de la Asociación Española de Americanistas, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, septiembre de 2004. También Francisco Altable, *Vientos nuevos. Idea, aplicación y resultados del proyecto borbónico para la organización del gobierno y el desarrollo de la población y economía de las Californias, 1767-1825*, La Paz, México, Universidad Autónoma de Baja California Sur, 2013, pp. 411-500.

13 Andrea Galera Gómez, *Las corbetas del rey. El viaje alrededor del mundo de Alejandro Malaspina (1789-1794)*, Bilbao, España, Fundación BBVA, 2010, pp. 77-78.

sabios soñadores y los viajeros pragmáticos que navegaron por esas aguas; hombres cuyas observaciones oscilaron entre lo fantasioso y las particularidades étnicas o geográficas, entre la paisajística y las grandes promesas que hacían la fauna y la flora a la medicina, a la industria y el capitalismo.¹⁴

Algo que se hizo evidente durante esas odiseas fue la precariedad de las poblaciones, del comercio y del transporte marítimo en el alto Pacífico mexicano, tanto más a medida que se navegaba hacia el norte del continente. Sin embargo, habría que relativizar esta afirmación, toda vez que la exigüidad demográfica y las limitaciones económicas, aunque existentes, tendían a reducirse por causas concretas. En los años treinta y cuarenta del siglo XIX, Guaymas seguía siendo el único puerto habilitado para el comercio por mar en el flamante estado de Sonora. Allí anclaban embarcaciones que traían mercaderías europeas, estadounidenses, asiáticas y sudamericanas. Los paños finos, algodones y quincallería de procedencia inglesa eran los más solicitados. De la unión americana llegaban instrumentos de labranza y mobiliario; de Francia, en cambio, venían artículos más bien frívolos, pero no menos deseados. A través de Guaymas, el estado de Sonora se comunicaba con otros puertos del golfo, de la costa sudoccidental de México y del extranjero.¹⁵ Por la misma época, el sur de la Baja California experimentaba un proceso de integración económica con otros destinos del noroeste continental, gracias a la estructuración de una pequeña economía basada en la extracción de metales preciosos y en las actividades agropecuarias, cuyos productos salían de la península al tiempo que otros entraban para el consumo local a través del fondeadero de La Paz, que apenas comenzaba a despuntar como un espacio urbano y mercantil. El análisis de los registros de cargamentos da buena cuenta de dicha integración en aguas del golfo californiano: para la cuarta, quinta y sexta décadas, de San José

14 Véanse, entre otros, María Victoria Ibáñez Montoya (editora), “Trabajos científicos y correspondencia de Tadeo Haenke”, en *La expedición Malaspina, 1789-1794*, tomo 4, Barcelona, Editorial Lunwerg, 2007; Daniela Bleichmar, *El imperio visible, Expediciones botánicas y cultura visual en la Ilustración hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016, (primera edición electrónica); Yaiza García Sánchez, *Memoria del nuevo mundo: imágenes para grabar de la expedición botánica de Sessé y Mociño (1787-1803)*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2011; Salvador Bernabéu Albert, “1792, la expedición botánica en el noroeste de América: los viajes de California y Nutka”, en *La Real Expedición Botánica a Nueva España (1787-1803)*, Madrid, 1987, pp. 173-192.

15 Armando Quijada Hernández, “Aspectos generales de Sonora al iniciar su vida como entidad federativa”, en *Historia general de Sonora*, tomo III, Hermosillo, México, Gobierno del Estado de Sonora, 1997, pp. 45-47.

del Cabo y La Paz zarpaban barcos hacia Guaymas, Mazatlán, San Blas y la Alta California. Asimismo, en estos y en otros ancladeros de la Baja California fondeaban embarcaciones mercantes procedentes de Sonora, Sinaloa y Nayarit, o incluso de puertos nacionales más lejanos, como Acapulco, así como de países extranjeros.¹⁶

Para Dení Trejo Barajas, los flujos marítimos de estos años constituyen la mejor prueba de que las políticas restrictivas y proteccionistas de los tiempos coloniales habían quedado atrás. Las nuevas relaciones políticas y económicas alentaron la realización de intercambios caracterizados por una mayor libertad de acción. Si bien convendría aclarar que el espíritu librecambista hunde sus raíces en los tiempos del despotismo ilustrado, en la joven república mexicana el cambio de paradigma fue mucho más perceptible en los decenios que siguieron a la independencia nacional. Como dice la autora, esa intensa actividad que imprimieron las embarcaciones de cabotaje al comercio en el golfo de California permitió una distribución más amplia de mercancías, lo que tonificó la afluencia de viajeros y comerciantes en la región e hizo crecer el número de empresas y pactos mercantiles, todavía más cuando, como ocurría de manera frecuente, a todo ello se sumaban las prácticas del contrabando.

Esta dinámica no solo hizo que se incrementaran las rutas marítimas, las tasas de población y los índices de producción e intercambio comercial, también tuvo un efecto directo en la fisonomía de los puertos y en la vida misma de sus habitantes. Se entiende que esto no ocurrió de manera homogénea a todo lo largo del alto Pacífico mexicano, sino en aquellos puntos donde se llevaban a cabo las tareas de carga y descarga, no obstante que la sola actividad portuaria generó cambios que repercutieron, en mayor o menor grado, en las comarcas aledañas. Una muestra de este proceso de transformación lo ofrece el puerto de La Paz, que en el transcurso de siete décadas pasó de ser un embarcadero sin infraestructura urbana a la concentración económica y demográficamente más vigorosa de la península californiana. En el temprano año de 1835 vivían alrededor de 800 perso-

16 Dení Trejo Barajas, *Espacio y economía en la península de California, 1785-1860*, La Paz, México, Universidad Autónoma de Baja California Sur, 1999, pp. 215-236; y "El desarrollo del comercio", en *Historia general de Baja California Sur. La economía regional*, México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Secretaría de Educación Pública, Universidad Autónoma de Baja California Sur, Plaza y Valdés Editores, 2002, pp. 227-263.

nas en esta localidad, 2,159 en 1869, 3,554 en 1881 y 4,668 en 1895.¹⁷ Los aumentos parecen discretos, y probablemente lo sean en términos relativos, pero muestran, hacia dentro, la determinante relación entre población, mercado y minería, y, hacia fuera, la importancia que tuvo la integración del puerto en el complejo marítimo-mercantil del noroeste mexicano, lo que, con sus debidas reservas y gradaciones, es extrapolable a otros recintos portuarios del alto Pacífico.

En este sentido resulta vivamente descriptivo el texto de Edith González Cruz, pues justamente nos regala una detallada diacronía que ilustra sobre la forma en que La Paz dejó atrás su carácter de puerto preurbano para adentrarse en una serie de cambios sociales, infraestructurales e institucionales que, hacia fines de siglo, habrían de conectar con las políticas modernizadoras del régimen porfiriano, cuyas expresiones más tangibles fueron la construcción de un sólido muelle; la instalación de la administración aduanera; la puesta en funciones de una capitanía de puerto; la erección de una torre de vigilancia; la reglamentación de las actividades propias de un puerto mercantil; la inauguración de nuevas rutas terrestres; el mejoramiento de los servicios postales; la ampliación de los itinerarios marítimos; la apertura de grandes tiendas; la diversificación de oficios y relaciones empresariales; el crecimiento de las operaciones y servicios portuarios, la expansión de la traza urbana, etcétera.

Pero el progreso no solo trajo beneficios. En los barcos que entraban a la bahía de La Paz, además de viajeros, bestias y cargamentos, venían virus y bacterias que produjeron graves enfermedades y brotes epidémicos, cuyos nefastos efectos movieron a la aplicación de políticas sanitarias y demás medidas de control. En su análisis sobre el puerto de La Paz en los años postreros del siglo XIX y principios del XX, Ignacio Rivas Hernández describe cómo las rutas marítimas y los caminos que salían de La Paz hacia el interior de la península eran también las vías por donde circulaban los microorganismos de la viruela (1876 y 1893), de la fiebre amarilla (1883) y de la peste bubónica (1902).

17 Véase Edith González Cruz, Ignacio Rivas Hernández y Francisco Altable, *La Paz, sus tiempos y espacios sociales*, La Paz, México, Gobierno del Estado de Baja California Sur, Secretaría de Cultura, Instituto Sudcaliforniano de Cultura, Archivo Histórico Pablo L. Martínez, 2016, p. 89. También Karina Busto Ibarra, *Comercio marítimo en los puertos de La Paz y Santa Rosalía, Distrito Sur de la Baja California, 1880-1910*, La Paz, México, Gobierno del Estado de Baja California Sur, Instituto Sudcaliforniano de Cultura, Archivo Histórico Pablo L. Martínez, 2013, pp. 70-136.

Con este trabajo se cierra la obra que el lector tiene en sus manos, una obra que está, por exigencia de los respectivos campos de investigación en que trabajan los participantes, dedicada en su mayor parte al Pacífico septentrional, novohispano por cuanto tiene que ver con la mitad de los apartados, y mexicano por lo que se refiere a la otra mitad. Nuestra aportación es modesta en cuanto al número de colaboraciones, pero creemos que constituye una buena contribución al conocimiento de una región hasta hace poco escasamente estudiada, sobre todo en comparación con la descomunal cantidad de libros y artículos que ha inspirado el otro océano mexicano. Por ello, no podemos sino alegrarnos de que, haciendo una paráfrasis de lo que alguna vez dijieran Carmen Yuste López y Guadalupe Pinzón Ríos, la historiografía sobre el Mar del Sur novohispano... sobre el océano Pacífico mexicano, viva momentos de sorprendente vitalidad.¹⁸ Que así sea por muchos años en adelante.

18 Carmen Yuste López y Guadalupe Pinzón Ríos, *A 500 años del hallazgo del Pacífico. La presencia novohispana en el Mar del Sur*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2016 (Serie Historia General/33), p. 18.

I

Las traviesas ninfas del dios Oceanus. Mito, fascinación e interés durante la exploración del Pacífico californiano

Francisco Altable
Universidad Autónoma de Baja California Sur

La fe religiosa y los imaginarios fantásticos han sido motores permanentes del cambio histórico; formidables fuerzas invisibles que han impulsado a hombres y gobiernos de todos los tiempos; veneros de sueños y forjas de realidades. Lo desconocido suele ser objeto de mitificación y arroparse con el atavío de la verosimilitud; así cobra sentido el esfuerzo del viajero y se convierte lo ignoto en aspiración factible. Quien vea en los mitos una simple falsedad, un elemento estéril del pensamiento, está lejos de comprender el influjo cultural e histórico de la inventiva y el poder de convencimiento que ejercen el adoctrinamiento fervoroso y la tradición legendaria. Me viene a la mente el aplaudido párrafo de Malinowski en *Magia, ciencia y religión*:

El mito no es una explicación que venga a satisfacer un interés científico, sino una resurrección, en el relato, de lo que fue una realidad primordial que se narra para satisfacer profundas necesidades religiosas, anhelos morales, sumisiones sociales, reivindicaciones e incluso requerimientos prácticos [...]. De esta suerte, el mito es un ingrediente vital de la civilización humana, no un cuento ocioso, sino una laboriosa y activa fuerza.¹⁹

El mito no nos remite, pues, a una perspectiva científica del mundo, no obstante que muchas veces se agrega al discurso de la ciencia.

¹⁹ Malinowski, *Magia...*, p. 36.

Estudiar la expansión colonial de Europa sin considerar las influencias míticas implica la deshumanización del proceso; es como asirse a la pretensión de que puede entenderse el funcionamiento de los sistemas religiosos sin observar la apretada urdimbre cultural que perpetuamente teje la esperanza de alcanzar la inmortalidad del alma. Las increíbles navegaciones de la Europa moderna tuvieron mucho de eso: fueron empresas conquistadoras en pos de territorios y riquezas, ni falta hace decirlo, pero no fueron las ansias de poder y de ganancia los únicos vientos que inflaron las velas del expansionismo europeo, también soplaron reciamente la credulidad, el misterio, el enigma, la ilusión, el optimismo, el bagaje cultural, los deseos mundanos, la convicción de que más allá del mar estaba lo portentoso, lo placentero, lo paradisíaco. Qué poderosa convicción fue esta, mezcla de religiosidad y superstición, de sapiencia e idealidad. En ella cupo de todo, desde las ambiciones políticas de los monarcas y las vehementes evangelizaciones de los predicadores, hasta las alucinaciones de los expedicionarios y las fantasías más groseras de los ilusos que se embarcaban, con los bolsillos rotos, hacia lo desconocido. Las acciones que emprendieron los imperios coloniales en el océano Pacífico estaban hechas de materia y espíritu, sujetas por igual a los fenómenos físicos y a los dictados de una configuración mental de muy larga duración.

Resulta entonces necesario entender la exploración y la mixtificación de California en su relación con la mitología de la tradición cristiano-pagana, por un lado, y la fascinación que los misterios del Lejano Oriente imprimieron en la imaginación occidental, por el otro. Creo, pues, que es pertinente entrar al relato de las navegaciones españolas por la puerta de las cosas fabulosas. Incluso sería admisible el anacronismo de que las elucubraciones fantasiosas vinculadas a los descubrimientos en el alto Pacífico americano ya estaban allí desde antes que comenzaran las aproximaciones españolas en la cuarta década del siglo XVI, muchísimo antes de que el piloto Fortún Jiménez de Bertandoña y los demás amotinados del navío Concepción fuesen los primeros europeos en poner sus pies en ese confín del mundo. Aquí opera el celebrado dicho de Edmundo O’Gorman: las Californias, al igual que las demás tierras del Nuevo Mundo, «antes de ser una realidad fueron una prefiguración fabulosa de la cultura europea», o de las diversas culturas europeas, para no encerrar a Europa en una concepción monolítica. El descubrimiento de Jiménez tuvo lugar a fines de 1533, pero los mitos que magnetizaron las costas de California a partir de entonces hundían sus raíces en tiempos inmemoriales.

Por falta de espacio, en las páginas siguientes abordaremos solo dos episodios ejemplares, uno de carácter manifiestamente fabuloso y otro que, si bien se entrelaza con la tradición mitológica, tuvo asimismo un potente ingrediente geopolítico. Como veremos, en ambos casos intervinieron las alucinógenas artes con que las nereidas del reino de Oceanus les tomaban el pelo a los aventurados navegantes del Pacífico septentrional.

I. El romance amazónico

Las Amazonas, un ubicuo e incesante mito

«El establecimiento de un modelo social gineocrático —afirma Isidro Luis Jiménez— ha sido básicamente encarnado por el mito de las Amazonas».²⁰ La península de California fue escenario de una sociedad así en la imaginación de los exploradores pioneros, pero no la única, ni la primera. De hecho, la leyenda de las Amazonas ya tenía una edad de siglos para cuando los españoles se lanzaron a sus aventuras oceánicas, tantos, que la fuente primigenia se pierde en la bruma de los tiempos.²¹ Heródoto, unos dos mil años antes de que las naves hispanas navegaran frente a las costas californianas, describió los rasgos esenciales de estas luchadoras: su virilidad, su arrojo, su destreza con el arco, su dominio del caballo y su aversión a los hombres. Según dice, los escitas las llamaban *eórpatas* y los griegos *androctonoi*, términos que significaban lo mismo: asesinas de hombres.²²

20 Jiménez, “Las Amazonas...,” p. 67.

21 Las más antiguas manifestaciones se encuentran en los textos de la Grecia arcaica: las rapsodias de *La Lliada*; en *la Etiópida* de Arctino; en la *Crestomatía* de Proclo; en el *Prometeo* y en de Esquilo; en la lírica de Píndaro, donde aparece una Amazona bajo el calificativo de *androleteira*, la «destructora de varones»; en los relatos de los héroes Belerofonte, Aquiles y Hércules, cuyas amazonomaquias quedaron plasmadas en las cerámicas, bajorrelieves y monumentos grecorromanos. Jiménez, “Las Amazonas...,” pp. 67-68.

22 Heródoto, *Los nueve*, libro IV, p. 550. El historiador de Halicarnaso las ubica en Escitia; otros en las inmediaciones del Mar de Azov; también aparecen en las literaturas sobre las costas del Mar Negro; durante la invasión a la isla de Leuce; en el África etíope, peleando contra los talantes, númeridas y gorgones; en distintos parajes del Oriente Medio; en el archipiélago del Egeo y, en fin, como fundadoras de una ciudad norteafricana a la vera del «lago Tritón», por mencionar solo unas cuantas regiones.

El mito pasó de la Antigüedad a la Edad Media y se transformó, gracias a la propagación de la cosmovisión cristiana, en una tenebrosa realidad, lejana y diabólica; en un reino putrefacto, confinado en las antípodas de la cristiandad y habitado por un pueblo de bárbaras paganas, especie de diablitas o súcubos; una hueste de mujeres impuras y perversas que, como establecen Jorge Magasich y Jean-Marc de Beer, vivían encerradas detrás del portón de hierro esperando la hora del juicio final, como los demás soldados de Lucifer. Su reina aparece como la capitana de la «gente inmunda», y sus súbditas como mensajeras infernales, guerrilleras depravadas que ejecutaban a sus amantes y a los indefensos hijos varones que engendraban con ellos. En suma, la versión satanizada de la leyenda clásica.²³

Durante los siglos bajomedievales el manto mefistofélico que la Iglesia tendió sobre las amazonas persistió a contracorriente de una serie de recreaciones con un espíritu algo más ligero, un espíritu trotamundos y curioso, ávido de aventuras, crédulo hasta la candidez y resueltamente avaricioso, con una acentuada actitud hacia la búsqueda de lo extraño, de la diversidad cultural y sus prodigios.²⁴ En *Il milione* —o *Libro de las maravillas*—, Marco Polo y su amanuense, Rustichello de Pisa, describen un reino marino compuesto de dos islas: en una moraban hombres sin mujeres; en la otra, mujeres sin hombres. Aquella se llamaba Macho; esta otra, Hembra. Cada cierto tiempo pasaban los hombres a la isla de las mujeres con el fin de procrear, pero éstas, a diferencia de las cazadoras infanticidas de la leyenda clásica, no tenían por costumbre asesinar a sus hijos varones, sino que los criaban hasta la adolescencia y entonces los entregaban a sus padres.²⁵ A propósito de esto, el filólogo bonaerense Christian Kupchik trae a la memoria el célebre planisferio que elaboró Martín Behaim —Martín de Bohemia— poco antes del primer viaje de Colón. Allí, por razones obvias, no aparecen ni América ni el océano Pacífico, solo el Atlántico divide por el occidente a Europa y Asia oriental. En uno de los apartados explicativos que escribió el geógrafo nuremburgués se advierte sobre la existencia de esa misteriosa isla de mujeres, que luego el «almirante de la Mar Océano»

23 Magasich, *América...*, p. 139.

24 Del medievo tardío son los relatos sobre *Los viajes de Juan de Mandeville*; la *Historia rerum* de Eneas Silvio Piccolomini; el *Reisebuch* (diario de viaje) de Johann Schiltberger; las luchas de Teseo contra las amazonas en la *Teseida*, de Giovanni Boccaccio; *El Cuento del caballero*, de Geoffrey Chaucer. Véase Jiménez, "Las amazonas...", p. 69.

25 Polo, *Il milione*, p. 162.

situará en una tierra insular llamada Matininó.²⁶ «Para los europeos del Renacimiento —dicen Magasich y Beer— el imponente número de escritos y de tradiciones orales que describían la nación femenina había dejado su existencia fuera de toda discusión. Como los seres portentosos y los grandiosos tesoros, las Amazonas se encontraban en el Lejano Oriente, destino final de las carabelas de Colón».²⁷

La leyenda tiene sus referentes en la península ibérica, referentes que luego replicaron al momento de la expansión portuguesa, y lo mismo poco después, cuando los españoles tropezaron con América y dieron el salto a las islas del Pacífico. Se afirma que el mito encontró en los reinos hispánicos una acogida singular, y de veras existe una larga lista de manuscritos medievales y modernos que respaldan tal aseveración.²⁸

Después de 1492, a los misterios medievales se suman las referencias americanas. Acaso esto se debe a que los antiguos espacios míticos del Viejo Mundo —esto es, de Europa del Este y el Cercano Oriente— fueron perdiendo vigencia a medida que los navegantes europeos avanzaban en sus descubrimientos transoceánicos, de manera que las menciones asociadas a reinos amazónicos se multiplicaron a lo largo de tres siglos, o más: Antonio Pigafetta, el cronista de la circunnavegación magallánica, vuelve a la vieja imagen de una isla exclusivamente habitada por mujeres; la llamó Ocoloro y la situó al este de Java.²⁹ Más tarde, Pedro Mártir de Anglería retoma en su *Orbe Novo* la idea de la Matininó colombina.³⁰ En su *Descripción universal*, el soriano Juan López de Velasco hace alusión a unas «mujeres guerreras» que vio el conquistador Francisco de Orellana durante su viaje de exploración a lo largo del río Amazonas.³¹ Por su parte, Gonzalo Fernández de Oviedo escribió sobre ciertas indias que vivían en «repúblicas y sin señores

26 Kupchik, *La leyenda...*, pp. 52-53.

27 Magasich, *América...*, p. 142.

28 Entre otros, el *Cronicón de las cosas sucedidas en España*, de Rodrigo Jiménez de Rada (Estévez, "Aproximación...", p. 147); el tratado de Johan Bocaçio acerca *De las claras, excelentes y más famosas e señaladas damas*, entre las que están Orithía y Anthiope, reinas de las Amazonas; el anónimo *Libro de Alexandre*; las *Siete Partidas* y la *Estoria de España*, de Alfonso X, donde se habla de las magiars góticas (Jiménez, "Las Amazonas...", p. 68); y luego están las reinas amazónicas y las doncellas guerreras de los libros de caballería: la Pintiquinestra, en Lisuarte de Grecia; la Pantiselea y su madre Calpendra, en *Silves de la Selva*; Trinea, en *Tristán el joven*; la princesa Claridiana, hija de la reina Diana, soberana de un reino amazónico, en *Espejo de príncipes y caballeros* (Nasif, "El mito...", pp. 3-6), etcétera.

29 Pigafetta, *Primer...*, p. 178.

30 Torre Revello, "Pedro...", p. 147.

31 López de Velasco, *Geografía...*, p. 155.

que las mandasen, a imitación de las amazonas», gobernadas por «reinas o cacicas» y en cuyos pueblos y conversaciones no cabía el género masculino.³² En la relación que manuscibió fray Gaspar de Carvajal a propósito de la expedición encabezada por el referido capitán Orellana, se cuenta que en sus orillas habitaban indias «altas, blancas y membrudas», tan aguerridas, en tal cantidad y tan hábiles en el manejo de sus arcos, que en cuestión de minutos podían convertir a cualquier bergantín español en un enorme puerco espín.³³ A fines del xvi, el poeta Juan de Castellanos publicó sus elegías en honor de los «varones ilustres» de la colonización española; en una de ellas se subliman las hazañas militares del célebre Orellana, a quien le plantó cara una «india varonil» que, «como perra», defendía ferozmente su territorio.³⁴ En fin, los relatos y las anotaciones al margen sobre las amazonas son abundantes y no estoy seguro de que estemos hablando de una creencia extinta. La fuerza legendaria del mito llegó al siglo xviii en textos como el del naturalista, matemático y geógrafo francés Charles-Marie de la Condamine,³⁵ o en el de fray Baltasar de Vitoria, cuyo *Teatro de los dioses de la gentilidad* dedica largos párrafos a esas mujeres «belicosas y peleadoras».³⁶ Así podríamos seguir rastreando esta tradición hasta no sé qué momento del siglo xx.

La ficción de las amazonas californianas se sitúa en un momento temprano de la modernidad, a años luz de las teogonías griegas, pero mucho antes que las «soldadas» del reino subsahariano de Dahomey. Surgió más o menos al mismo tiempo que otras narrativas amazónicas en diversos sitios de las Indias occidentales y orientales. Esto le resta peculiaridad, pero la vincula a una rica tradición de pensamiento que se difunde, como reguero de pólvora, durante la secular expansión colonialista. Dicha difusión no fue ni accidental ni decorativa, sino que obedeció a los objetivos políticos y económicos de otra gran quimera: la utopía de la conquista del mundo, de ese imperio ecuménico con que soñaba Hernán Cortés —o decía soñar— para el emperador Carlos.

La de California fue una recreación con claros antecedentes literarios, siempre que se dé por cierta la ya clásica asociación con *Las sergas de*

32 Fernández, *Historia...*, p. 84.

33 Accurso, "Las amazonas...", pp. 4-5.

34 Castellanos, *Elegías...*, p. 137.

35 Condamine, *Relation...*, pp. 9-10 y 99-106.

36 Vitoria, *Teatro...*, pp. 101-107.

Esplandián, una novela de aventuras caballerescas que, como tantas veces se ha dicho, gozaba de gran popularidad precisamente por los años en que la península californiana entraba en los primeros mapas europeos del océano Pacífico.³⁷ Se dice que sumaban diez las ediciones antes de 1588, medio siglo después de que el impresor Juan Cromberger contara más de cuatrocientos ejemplares del Amadís de Gaula en su almacén de la ciudad de México, inventariados junto con muchos otros miles de novelas de caballería.³⁸

Las *Sergas* es una obra larga, ciento ochenta y cuatro capítulos,³⁹ y grande debió de ser en verdad el interés que despertó para que Henry Thomas se refiera a ella como una «epidemia desencadenada» en los dos mundos hispánicos, el viejo y el nuevo.⁴⁰ La aparición de las Amazonas ocurre en el episodio 157, y permanecen con diferentes grados de protagonismo hasta el desenlace, lo que constituye una quinta parte del relato. Por consiguiente, no se trata de una participación fugaz ni secundaria, y mucho menos desconocida, pues las numerosas ediciones de que fue objeto hablan de una amplia divulgación, aun a contracorriente de las sucesivas prohibiciones decretadas por Fernando el Católico, Isabel de Portugal y Felipe II en 1506, 1531 y 1543, respectivamente, y a pesar también de las voces que se escandalizaban por la propagación de esa «peste de libros fantasiosos» y de la inmensa mayoría de analfabetos a ambos lados del Atlántico, circunstancia atemperada por la transmisión oral, el medio de difusión por excelencia durante las exploraciones ultramarinas.⁴¹ Durante esas interminables travesías, las tripulaciones pasaban largas horas charlando acerca de tierras extrañas y de grandes hombradas, acaso porque alguien a bordo había leído ese y otros libros de aventuras y fuese por ello capaz de narrar las hazañas de reyes e hidalgos al frente de sus impresionantes flotas mediterráneas, como las que vinieron en ayuda del «hermoso, virtuoso y esforzado» Esplandián. Esta clase de lecturas, declara Jacques Le Goff, ciertamente se

37 Así lo establece, entre otros, el clásico de Irving A. Leonard, *Romances...*, p. 15.

38 Rivera, "Paraíso...", pp. 272 y 274.

39 Rodríguez de Montalvo, *Las sergas...*, capítulos 157-184. Persiste la confusión sobre el apellido del autor. El más referido es el de Rodríguez, pero en otros documentos también aparece con el de Ordóñez o Gutiérrez. Las ediciones antiguas mejor conocidas son las de 1508 (Zaragoza), 1510, 1526 (Sevilla), 1542, 1549 y 1586 (Sevilla). En cuanto a su primera edición, Jiménez concluye que debió de salir a la luz después de 1492 y antes de 1497 (Jiménez, "Las Amazonas...", p. 74). Giráldez refiere que se conocen diez ediciones en lengua castellana de *Las sergas de Esplandián* (Giráldez, "Las sergas de *Esplandián...*", p. 183).

40 Jiménez, "Las Amazonas...", p. 73. También Torre, "Lecturas...", p. 8.

41 Serna, "Censura...", p. 348.

constituyeron en una fuerza propulsora de las expansiones europeas de los siglos XIV y XV.⁴² El historiador tolonés coincidía en esto con quienes escribieron sobre el tema antes y después de que él lo hiciera. Alberto Navarro González afirma que el mar, en la épica medieval, «representó siempre un espacio particular que resguardaba las islas en las que se hallaban los más preciosos tesoros».⁴³ Para Mercedes Serna las historias fantásticas ejercían «una profunda influencia en la conducta, la moral y el pensamiento», a la vez que despertaban un gusto a menudo irreprimible por la realización de proezas.⁴⁴ Guillermo H. Prescott establece que «la ficción novelesca y la realidad obraban recíprocamente una sobre otra exaltando el alma del español hasta tal extremo, que le hacían arrostrar los horribles tormentos que le aguardaban en la senda de los descubrimientos».⁴⁵ Entonces, ¿por qué dudar de que la California de *Las Sergas* estuviera en alguna de esas islas secretamente resguardadas en el Mar del Sur?

«Como cosa la más extraña que jamás se supo», cuenta la novela de Garci Rodríguez, el príncipe Esplandián encabezaba la defensa militar de Constantinopla contra el asedio de los turcos, empeñados en arrojar a los cristianos de Tierra Santa. A su hora, los sultanes y sus huestes se aliaron con las amazonas de la reina Calafia, soberana de una remota isla llamada California, «muy cercana al paraíso terrenal, al poniente de las Indias». Durante el curso de la guerra, Calafia se enamoró del apuesto caballero armado. Este acto de «debilidad femenina», aunado a la oportuna llegada de los ejércitos cristianos, sella el destino de la aguerrida autócrata, que acepta la «verdadera religión» y termina contrayendo nupcias con Talanque, el primo de Esplandián, pues este se hallaba ya comprometido con la princesa Leonorina, la bellísima y piadosísima hija del emperador constantinopolitano. Lo que escribió el novelista español a propósito del aspecto y procedencia de estas «varoniles» mujeres constituye una réplica matizada del mito helénico y de las ulteriores calcas que se hicieron de la isla de las andrófobas; de ahí las asociaciones que probablemente hicieran los insurrectos comandados por Fortún Jiménez de Bertandoña. Tal vez nunca se sepa bien a bien, pero es cosa sensata pensar que alguien, durante la primera mitad del siglo XVI, en algún lugar y en un momento dado, rela-

42 Ríos, “La percepción...”, p. 120

43 Ríos, “La percepción...”, p. 119.

44 Wahlström, *Lo fantástico...*, p. 11.

45 Torre, “Lecturas...”, p. 9.

cionó la California de la ficción con el descubrimiento geográfico y, helo allí, un reino inventado dio nombre a una provincia de Nueva España. Acaso fue en una de esas charlas de marineros, quién sabe.

En sentido estricto no interesa aquí el análisis literario del texto ni sus implicaciones históricas, salvo por cuanto tienen que ver con los influjos utilitarios del mito amazónico. La pregunta a responder es de qué forma dicha idealización contribuyó a los fines del expansionismo español en aguas del Pacífico californiano, ya como acicate del interés humano, ya como medio de exculpación. Empecemos por el más trillado de los incentivos, que fue también el más evidente, y quizás el más sincero e irrenunciable: la obtención de riquezas materiales.

Los amantes codiciosos de la reina Calafia

Si se admite que las aventuras de Esplandián eran materia conocida a bordo de las embarcaciones españolas, resulta altamente probable que las constantes alusiones a la abundancia de oro y piedras preciosas hicieran bullir las ambiciones personales. Las armas y los arreos de las bestias que jineteaban las isleñas «eran todas de oro», y no podían ser de un material distinto, toda vez que «en la isla no había otro metal alguno». Estas armas, por si fuese poco, llevaban engastadas muy valiosas gemas, que en California «se contaban tantas como piedras había en el campo». La misma capitana de las amazonas hace uso de ese acicate para atraerse los amores de Esplandián. Se persuade de que la codicia, «común a todos los mortales, razón por la que viven y mueren», haría que el caballero cristiano la aceptara como esposa. Sus pretensiones matrimoniales fracasaron, pero no porque el pretendido desdeñara la cuantiosa dote, sino por sus inclinaciones de índole emocional y religiosa, que lo hicieron preferir la unión con la devota princesa Leonorina, quien, por cierto, también prometía grandes caudales, además del trono imperial de Grecia. El caso fue que el caballero cristiano no echó en saco roto el ofrecimiento de Calafia, siempre que esta aceptase la conversión. Y la aceptó. Convencida de los «beneficios morales» que obtendría, accedió de buen grado a recibir el bautismo en la capilla palaciega. Entonces sí, sin perder un segundo, Esplandián le propuso esponsales con un primo suyo, «muy grande de cuerpo y muy hermoso» también, el mencionado Talanque. «Tú serás mi señor —le dijo ella—, y señor de todo lo mío». Al cabo,

la áurea y enjoyada isla de California pasó a formar parte del patrimonio de la familia real de Constantinopla. A su hora, el flamante rey de California se propondría armar una flota para irse a la conquista de Argalia, otra de esas islas colmadas de riquezas en medio de un océano ignoto.

La profusión de bienes materiales y el anhelo de apropiarse de ellos siempre aparecen en el principio y en el desenlace de las acciones caballerescas, en los pensamientos y en las realizaciones de los pensamientos mismos.⁴⁶ Pero debió de ser más que esto. Habría que considerar la hipótesis de que las mentes de marineros y capitanes se alienaban hasta un punto en que se desdibujaba la línea divisoria entre la novela y la realidad sensible. Aquella terminaba siendo la contenedora de una vieja historia que sabios y tontos daban por verdadera o verosímil, sobre todo si existían referencias específicas y plausibles al respecto. Se sabe bien, por ejemplo, que Hernán Cortés envió gente de su confianza a descubrir el «Mar del Sur» porque ahí, aseguraba, había «muchas islas ricas de oro y perlas, y piedras preciosas y especiería, y muchos otros secretos y cosas admirables».⁴⁷ Tómese nota de la predisposición a encontrar lo que todavía no encontraba, lugares enigmáticos y eventos prodigiosos. Como resultado de dichas exploraciones, surgió una seductora información proporcionada por los «señores de la provincia de Ciguatán», en la costa occidental de Nueva España: «no muy lejos de ese lugar existía una isla y un reino de mujeres solas que, de tanto en tanto, permitían el arribo de hombres provenientes de tierra firme, con quienes coitaban y concebían. Tras los partos, si nacían hembras, las criaban, si varones, los echaban fuera de su territorio». Con tales noticias enseguida sonaban las palabras mágicas: «muchos [indios] han ido allá y han visto que es muy rica de perlas y de oro; yo trabajaré, en teniendo aparejo, de saber la verdad y hacer de ello larga relación a Vuestra Majestad».⁴⁸ En honor a la sensatez, tanta semejanza con el milenarismo euroasiático despierta la sospecha de que no fueron esos señores de Ciguatán, sino los mismos exploradores ibéricos quienes malinterpretaron, tergiversaron, condimentaron o, de plano, fabricaron la historia de las andrófobas californianas, todo lo cual, y en cualquier caso, sería prueba de la fuerza fascinadora del mito, de su

46 Rodríguez de Montalvo, *Las sergas...*, capítulos 157, 158, 172, 178 y 184.

47 *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía*, tomo XII, pp. 490-495.

48 González, *Historiadores ...*, pp. 119 y 137.